

Artículo de reflexión

La etnografía para acercarse al modo de vida: ir yendo, ir volviendo, seguir llegando

Ethnography to get closer to the way of life: to go, to come back, to keep coming back

Lucy Nieto Betancurt *

Para citar este artículo: Nieto-Betancurt, L. (2025). La etnografía para acercarse al modo de vida: ir yendo, ir volviendo, seguir llegando. *Jangwa Pana*, 24(1), 1-17. <https://doi.org/10.21676/16574923.5677>

Recibido: 30/01/2024 | **Aprobado:** 29/09/2024 | **Disponible en línea:** 01/01/2025

RESUMEN

El texto a continuación tiene como objetivo mostrar cómo los movimientos en una investigación etnográfica permiten romper la ilusión de secuencialidad, y aportar miradas en diferentes direcciones, así como el comportamiento de las líneas cuando se entrecruzan, se anudan y se sueltan. Se trata de la exposición reflexiva del trabajo etnográfico, que buscando saber del modo de vida y en éste de las prácticas de salud mental de hombres y mujeres campesinos en un pueblo de Risaralda. Muestra no sólo las cuestiones que van dando forma a las preguntas, las decisiones técnicas, sino que también interpelan las formas en que nos relacionamos con los participantes de una investigación que se ocupa de la vida.

Palabras clave: etnografía; salud; modos de vida; ruralidad.

ABSTRACT

The following text aims to show how the movements in an ethnographic research allow us to break the illusion of sequentiality, and to contribute with views in different directions, as well as the behavior of the lines when they intertwine, knot and loosen. It is about the reflexive exhibition of ethnographic work, which seeks to know the way of life and in this way the mental health practices of peasant men and women in a village of Risaralda. It shows not only the issues that shape the questions, the technical decisions, but also the ways in which we relate to the participants of a research that deals with life.

Keywords: ethnography; health; lifestyles; rurality.

“Mientras usted y yo continuemos dando y recibiendo, nuestras vidas están juntas o atadas como dos manos agarrándose” (Ingold, 2018)

INTRODUCCIÓN

Dar cuenta de prácticas de salud mental y conocerlas a través del modo de vida implica un proceso comprometedor que remite a la idea de correspondencia. Esta conclusión fue para mí un punto de partida que asumí en el encuentro con quienes denomino *maestros y maestras*, personas que me abrieron las puertas de sus casas y permitieron que conviviera con ellos, en el corregimiento de Peralonso, municipio de Santuario, en el departamento de Risaralda, Colombia.

La noción de correspondencia la comprendí gracias a las conversaciones con mis compañeros de lectura y clase en el seminario de antropología que tomé durante mi pasantía, orientada por el profesor Luis Alberto Suarez Guava (Universidad de Caldas, Colombia), y a las lecturas de Mauss, Ingold y Vasco durante mi trabajo de campo, las cuales fueron clave para tomar decisiones metodológicas basadas en los conceptos de *correspondencia*, *prestar atención* y *tomar los conceptos de la vida* respectivamente (Ingold, 2017b; 2017a; 2018; Mauss & Giobellina Brumana, 2010; Vasco, 2007).

El texto tiene como objetivo mostrar cómo los movimientos en una investigación etnográfica permiten romper la ilusión de secuencialidad y aportar miradas en diferentes direcciones, así como el comportamiento de las líneas cuando se entrecruzan, se anudan y se sueltan. Esta alusión al movimiento de las líneas la tomo de Ingold (2018), quien a su vez recoge la idea del “rizoma” de Guattari y Deleuze, y con ello propone *la ontología de la línea*, que contiene el mismo vitalismo de Canguilhem (1971). Ambos abandonan una ontología del objeto, precisando que lo que se estudia es la vida, no una cosa que solo existe: las vidas pueden ir anudándose a sí mismas (Ingold, 2018). Durante el 2021 llevé a cabo un estudio etnográfico para comprender el modo de vida y las prácticas de salud mental de hombres y mujeres campesinos en un poblado rural de un municipio de Risaralda, elegido a partir del análisis de la incidencia de mortalidad por suicidio.

En este texto reflexiono sobre varios aspectos de mi trabajo de campo etnográfico y su naturaleza cambiante, como la vida. Lo que inicialmente creí que era una anotación singular resultó ser una experiencia compartida por muchos, quienes describen los desafíos y transformaciones propios del campo etnográfico. A menudo, estas reflexiones se presentan como relatos posteriores a las conclusiones de la investigación, lo que omite su papel como parte del proceso sincrónico al desarrollo del trabajo investigativo. Considero que dichas reflexiones deben integrarse como elementos esenciales del proceso y resultado de los estudios, haciendo evidentes los cambios en su forma –la del campo–, los cambios que ocurren en quien investiga y en el objeto de estudio preconcebido que, en este caso son el modo de vida y las prácticas de salud mental.

Para ello, el primer aspecto en el que quiero detenerme es sobre cómo se llega al campo de la etnografía. Para superar la aproximación al *campo* entendido como un escenario, considero necesario relatar desde cuándo y de qué manera me aproximé a este lugar y a estas cuestiones, lo

que describo como movimientos continuos de ida y regreso. Como quien va llegando al encuentro una y otra vez, quizá al mismo sitio, pero no al mismo lugar. A continuación, compartiré varias de las llegadas: desde una visita en un paseo familiar, pasando por un primer regreso con preguntas surgidas de los análisis documentales, para seguir volviendo a caminar, dejarme educar y conversar sobre lo que he venido aprendiendo de la vida con mis maestros y maestras.

Llegada 1. De paseo en Santuario, un lugar añorado

Mi primera vez a Santuario fue por unas vacaciones familiares en enero de 2019. En una tarde recorrimos sus calles y paseamos los andenes de los cafés que se encuentran en el parque principal desde donde se escuchaba *música de cantina*: tangos, rancheras, valeses y uno que otro bolero. Música que suele evocar la melancolía por el amor perdido, la nostalgia por la madre que no está, el dolor por el amigo que se ha marchado y que suena con voces a veces fuertes y otras casi de llanto para decir, por ejemplo: “...*Yo soy un peregrino que, andando por el mundo, con mi dolor auestas no sé cómo olvidar, es tanta mi tristeza y mi dolor profundo, que vivo sin amores, sin madre y sin hogar...*”¹.

Esa música tan triste, y que ha sido objeto de estudio alrededor de la melancolía y el despecho (Albán Achinte, 2009), al contrario, evoca en mis papás buenos recuerdos de otros tiempos, en fincas de Santa Rosa de Cabal y Chinchiná, cuando estos pueblos todavía conformaban el Viejo Caldas². Ellos y los abuelos vivían del cultivo del café y el maíz, bien en la finca propia o *jornaleándole*³ a otros. Esa es la misma música que suena en casa desde que éramos niñas mi hermana y yo, en Zarzal, en el norte del Valle del Cauca. Allá, a donde migraron mis papás, cada uno por razones y en momentos diferentes en la década del 70, desde el eje cafetero. Ellos, lejos de la tierra y apenas con la educación primaria, se dedicaron al comercio.

En el norte del Valle hicieron familia, en un lugar bien diferente del que provenían. En un pueblo caliente, que tenía cultivos de algodón, caña y frutales, que luego se tornaron monocultivos de caña, por cuenta de un ingenio azucarero y la gran fábrica de dulces que dan la vocación industrial a Zarzal. Y donde la música en la calle y en las casas de los vecinos sonaba alto, con letras románticas, alegres y al ritmo ágil de la salsa de las décadas de los 80 y 90.

En este paseo por Santuario, al escuchar toda esa música pausada de letras tristes que sonaba alrededor de la plaza, tal como a mis papás, lejos de sentir melancolía, esa música me hace sentir como en casa. Las evocaciones de su vida en el campo son también mías; me reconozco también de aquí, de la tierra del café, de la música de letras *como para morirse*, y siento que he vuelto a donde ya he estado, a través de esos relatos de las canciones y de la familia.

Es una tarde soleada y fresca. Hace buen clima para caminar sin sofocarse, como podría ocurrir en el Valle. Vamos lento para poder contemplar cada cosa. Nos detenemos para observar la

¹ Letra de la canción “Soy peregrino” del Conjunto América.

² En diciembre de 1966 a través de la ley 70 se da lugar a la división del “Viejo Caldas”, conformado por los departamentos que hoy conocemos como Quindío, Caldas y Risaralda (López-Pacheco, 2011).

³ Trabajando al día, “jornal”.

arquitectura del Paisaje Cultural Cafetero (PCCC)⁴: casas grandes, con balcones amplios y vistosos, adornados con veraneras (buganvillas) y banderas. Puertas en madera tallada, pintadas con colores vibrantes como púrpura, rojo, amarillo, verde y azul. Estas, con aldabas metálicas se destacan en la “calle real”, que hoy es el área comercial de la cabecera municipal. Aunque luzcan como casas, responden a la normativa del patrimonio conservando la fachada y funcionan como locales comerciales, entre ellos restaurantes, cacharrerías, tiendas de ropa y papelerías. Al ver esos locales, mi mamá, tras un rato, a modo de broma le dice a mi papá: “vengámonos para acá y montemos el negocio”.

Nos quedamos un rato en el parque, frente a la alcaldía municipal y junto a la plaza de mercado, que también funciona como terminal de buses y jeeps. Observamos cómo los jeeps llegan y se estacionan alrededor. De ellos suben y bajan personas con bolsas llenas de mercado y costales con insumos agrícolas. Algunos llevan poncho y sombrero, mientras que las mujeres lucen collares y vestidos de colores. Estos atuendos acentúan las diferencias, haciéndose ver y notar que unos son campesinos con el estereotipo paisa, y otros reflejan el origen indígena.

Mientras caminamos, el tiempo se siente lento. Al fin y al cabo, estamos de paseo, sin prisa. Sobre la misma acera de la alcaldía están los cafés, llenos de mesas y algunos con billar. De ahí viene la música en torno a la cual la gente conversa mientras bebe café o cerveza. Mis papás miran con añoranza y dicen “oiga eso”. Cada uno cuenta algún recuerdo y al hacerlo, lo hacen con la alegría de quienes han vivido y amado el campo, lo han sufrido y a este agradecen el origen, el arraigo y la capacidad de trabajo. Fantasearon hacer su vida en un lugar como este, *de campesinos*, donde la vida pasaba a la parsimoniosa velocidad de un domingo.

Nos sentamos a conversar y escuchar música en la panadería ubicada en la esquina diagonal al parque. Pedimos café y algo de parva para el algo⁵, y luego de comer regresamos a casa. No sabía que volvería a Santuario, ni de qué forma lo haría. Lo único que nos llevamos de ahí fue un par de fotos familiares en las que quedó plasmada la alegría de recorrer un lugar lleno de añoranza. También nos sorprendió pagar en la panadería un buen tinto a 600 pesos y cubrir la cuenta de seis comensales con un billete de diez mil, recibiendo cambio.

Distancias entre el campo y el hogar, aportar la parcialidad

Este primer acercamiento es relevante para definir el campo. En los estudios antropológicos clásicos se mencionan lugares exóticos, lejanos, de difícil acceso, con condiciones limitadas para la supervivencia y a los que, con frecuencia, se llega por casualidad (Gupta & Ferguson, 1997; Piñeiro & Diz, 2018). De modo que hay una distancia, no sólo espacial, sino en toda la humanidad entre el investigador y las vidas a las que llega. Una descripción encauzada a mostrar la diferencia y la hazaña del investigador que abandona lo cómodo, lo conocido, el hogar. Aspecto que Gupta & Ferguson (1997) describen como una forma arquetípica del campo y el trabajo de campo como un

⁴ La declaratoria de paisaje Cultural Cafetero de Colombia se obtiene el 25 de junio del año 2011, y se otorga por parte de la UNESCO como consecuencia de haber sido evidenciado un patrimonio material e inmaterial en hábitos, costumbres y conocimientos de los habitantes de este territorio, conformado por 53 municipios.

⁵ “parva para el algo” es una expresión común para decir, pan o algo de harina, que se come en la tarde luego del almuerzo y antes de la cena.

viaje que no haría cualquiera, y donde pareciera que la extrañeza que origina la pregunta se indicara cuanto más opuesto al hogar, a lo que le es familiar. Como si el rigor se garantizara con la distancia.

Al contrario, yo creo que es necesario asumir que el campo y el hogar, para ser precisa, y correspondiente con la parcialidad de la que habla Haraway (1995), son distantes. Por lo tanto, se requiere señalar los encuentros y las raíces que conectan esos lugares junto con las vidas que los habitan. Si se piensa de este modo, el campo de la etnografía deja de parecer un lugar estático, un pedazo de tierra con propiedades y con gentes, que cobra vida con la llegada de quien investiga. Un escenario que espera por un actor que lo interprete y “de la voz a quienes allí viven”. Como si la vida no ocurriera y fuera ocurriendo de modo constante, como si la historia fuera sólo cosa pasada, que se empieza a hacer cuando se formulan preguntas. Esto quizá como consecuencia de una demarcación imaginaria del *a dónde voy*, que brinda una cierta tranquilidad a quien quiere conocer, y encuentra en esa demarcación una forma de capturar algo.

Digo esto considerando qué quienes evalúan propuestas de investigación como estas deben guiarse por criterios de “factibilidad, pertinencia, trazabilidad y adecuación”⁶; para lo cual requieren saber de antemano cuál es el campo -lugar- y, por supuesto, si corresponde a esas formas convencionales. Pero, es claro que hay una brecha enorme entre ese campo descrito, para satisfacer el proceso burocrático, y al que se empieza a llegar apenas se emprende la investigación, o mejor, apenas se empieza a llevar la vida con las personas, los animales y las cosas que habitan ese lugar (Guzmán Peñuela & Suárez Guava, 2021). El contexto al que me acerco no resulta exótico puesto que resido en la región y mis ancestros vivieron de las labores del campo, entre ellas la caficultura, aspecto que determina en buena medida mi interés por este lugar.

Superada entonces esa forma paralizante de pensar el campo etnográfico como un escenario del cual nos apropiamos como investigadores, es posible asumir que no se define a priori. Aunque realicemos algunas búsquedas con el ánimo de ubicarnos y tratar de avizorar qué lugar y qué actividades nos ocuparán un tiempo; si acaso tendremos una idea sobre las generalidades técnicas, algunas reflexiones éticas y todos los miedos alborotados o, en otros casos, toda la confianza que puede proporcionar la ingenuidad.

El campo como lugar es, tiene un ritmo y su dinámica depende del establecimiento de una relación de correspondencia que inicia al manifestar la intención de educarse (en este caso por parte de una como investigadora), y que alguien se permita corresponder a esta intención y se constituya el compromiso de enseñanza (en este caso alguien de la comunidad). Así, como señala Ingold (2017a) y retoman Guzmán Peñuela & Suárez Guava (2021), se trata de llegar a educarse, es decir: prestar atención a la naturaleza de la vida. Para conseguir esto, la extrañeza que se pretende no es la del héroe que abandona el hogar, sino la de poner entre paréntesis lo que una cree saber, sus formas de decir, de moverse y permitirse ser moldeada en el proceso.

Un ejemplo de este moldeamiento lo señala Ana María Rodríguez Suárez (2020), al contar cómo en los primeros días en San Bernardo, Cundinamarca, se sentía frustrada por no saber qué hacer, o

⁶ Son los criterios que se establecen en el formato de evaluación para la convocatoria interna de proyectos de la Universidad del Valle, que financian esta investigación.

cómo llegar a su tema “sobre la momificación de los cuerpos” y de manera algo desesperada, pero comprometida, iniciaba conversaciones con los abuelos del ancianato que resultaban dirigidas de manera forzada a responder lo que ella creyó que era la pregunta para resolver ahí fue cuando descubrió realmente qué iba a aprender algo que se revelaría posteriormente durante el proceso de escritura.

Así las cosas, llegar al campo para educarse implica un encuentro influenciado por las personas presentes allí quienes interactúan conversando y compartiendo experiencias mutuamente. Las preguntas no se hacen en una dirección, quien investiga y se educa es quien de entrada manifiesta su intención, y en retorno recibe también preguntas, tareas y problemas que no estaban en su acercamiento preliminar. Para conocerse, preguntan a partir del involucramiento con quien investiga, para que sea con ellos en la vida. El encuentro *va siendo*, en tanto quien investiga trae consigo una experiencia indirecta sobre lo que cree que es el campo como una forma preestablecida, más no definitiva, pues se transforman en el volver una y otra vez.

El campo es el encuentro de quienes van siendo (quien investiga y quienes enseñan), desde ahí se sabe cómo se vive. Mientras una se entera y, de pronto, logra entender por qué y para qué está ahí, termina siendo un acto humilde y generoso de educación. Como relata María del Rosario Ferro (2021), de su experiencia al encontrarse con los Iku en la Sierra Nevada de Santa Marta. Aunque tenía clara su propuesta de investigación aprobada en la universidad, y a pesar de que estaba ya preguntando sobre lo que creía que era el objeto de su trabajo, no había empezado a llegar, no había sido recibida. Debíó mostrar disposición a relacionarse y a aprender, y de esto se entera luego de un tiempo en el que le preguntan: “¿usted por qué está aquí?” Sin embargo, no pudo responder adecuadamente usando las respuestas preparadas previamente para justificar su investigación ante sus evaluadores académicos.

El campo etnográfico, que da lugar al trabajo de campo de la investigación, se teje en modos de relación que van dinamizando un proceso. Es decir, llegar al lugar en donde se hace el campo, aún no es llegar al campo, sino el inicio de disponerse a tejer un proceso que se va configurando y transformando por los animales humanos y no humanos, las cosas, las jornadas, los cuerpos y aspectos inmateriales que surgen de las relaciones entre todos estos y que permiten acercarnos a las formas de pensar (Guzmán Peñuela & Suárez Guava, 2021).

Quien llega realmente ha hecho suyo algo de ese campo a través de aproximaciones indirectas, imaginaciones o referencias de lo que es como lugar, pero también descripciones que otros le han ofrecido sobre otros momentos y dinámicas. En ese proceso de apropiarse se plantean unas preguntas iniciales. En el devenir éstas se reformulan en una serie de movimientos en un proceso de ir, volver y continuar yendo. Un entrecruzamiento que cuestiona la persona y las disciplinas. Movimientos en múltiples direcciones que definitivamente reconfiguran eso que se suponía conocer y la comprensión de los propósitos y alcances de la investigación.

Así, se va yendo una y otra vez y hay múltiples relatos que coinciden con esta forma de experimentar el trabajo de campo (Piñeiro & Diz, 2018). Es, de este modo, una experiencia compartida, en la que se trenzan líneas que van consolidando una conexión o varias que sostienen la relación a partir de correspondencias, que a su vez irán cambiando con las fuerzas que tensan

cada hilo (Ingold, 2018). No es una linealidad en un sentido, ni en un tiempo, ni en un lugar delimitados. El campo de la etnografía es acción que se transforma y, a su vez, transformadora. Por lo tanto, lo que puede decirse de éste es un fragmento, una fugacidad de lo que limitadamente puede una observadora describir. Y como señalan otros, realmente no existe tal separación radical, el campo nos atraviesa y nunca estamos en realidad fuera de él (Gupta & Ferguson, 1997).

Llegada 2. El lugar que señalan los datos

Siguiendo con la intención de dar a conocer cómo realizo estos movimientos *hacia, desde y en el campo* de la etnografía, otros pasos se adelantaron a través del análisis de la información documental. Desde octubre de 2018, recolecté y analicé documentos con información histórica y datos sobre diversos aspectos del municipio, el caserío y lo relacionado con la declaratoria de Paisaje Cultural Cafetero de Colombia (PCCC). Recurrí a notas de prensa publicadas en diarios locales y regionales, reportes originados desde la alcaldía municipal sobre condiciones de salud, aspectos económicos y sociales. También consulté informes nacionales y regionales de Calidad de vida, de Necesidades Básicas Insatisfechas [NBI] generados y publicados por el DANE, así como boletines de la Federación Nacional de Cafeteros [FNC] sobre el comportamiento de la producción y comercialización del café, y las campañas que se realizan en el territorio para acompañar a los caficultores y caficultoras.

Solicito el ASIS (Análisis de la Situación en Salud) anual del municipio, y además, recurro a investigaciones y publicaciones no oficiales que documenten hábitos, prácticas, acontecimientos de interés en la vida de la localidad, así como aspectos de salud mental y sociales que pueden hallarse en estudios previos realizados con el ánimo de que aporten elementos históricos y contexto a las entrevistas, así como elementos clave para la triangulación (Bowen, 2009). La estrategia de búsqueda la realicé a través de internet (página web de *El Diario*, periódico de la región) y de la biblioteca y/o repositorio local de los impresos (noticias, publicaciones de la Alcaldía, Secretaría de Salud Municipal). Para el período de tiempo de los documentos, se propuso inicialmente una ventana de 10 años a la fecha, es decir desde 2011, año de la declaratoria del PCCC.

Sin embargo, al encontrarme con los hombres mayores de la vereda, los temas de conversación me llevaron a considerar los conflictos partidistas desde la década de 1940, *El Bogotazo* y la agudización del conflicto armado colombiano en la primera década del 2000. Me doy cuenta de que tal ventana temporal propuesta no da el marco necesario para comprender lo que voy experimentando y lo que me es narrado en los encuentros. Es así, pues, como el proceso de revisión documental también va creciendo y no es secuencial ni lineal; es como la vida misma y se conjuga en varios tiempos.

De otro lado, antes de llevar a cabo el estudio, era inevitable cuestionarse por la coherencia de elegir hablar de salud mental con personas en una comunidad que yo inicialmente señalé porque presenta altas tasas de mortalidad por suicidio, según los informes del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses [INMLCF]. Más aún cuando esta iniciativa plantea una posición controversial respecto del modo habitual en que han sido desarrolladas las aproximaciones a la

salud mental. Aquí se cuestiona este señalamiento y se privilegia el modo de vida sobre el cuerpo de quien muere por suicidio. No obstante, por coherencia política, ética y lógica, asumo que adoptar el lenguaje de la salud ideal no puede lograrse sin relación al sufrimiento y la enfermedad (Bibeau & Corin, 1995). Considero que una comunidad que ya ha sido diferenciada por lo que los datos dejan ver inicialmente, puede también revelar otra experiencia.

Propongo una lectura que parte de interpelar lo que se afirma con los datos sobre el riesgo y la muerte por suicidio, algo que, en conversación con la profesora Eugenia Bianchi, denominó una “lectura politizada de los datos que abre nuevas preguntas”. Justo sobre esa base, atribuyo a estas personas un saber que es requerido para la comprensión, un saber que circula de modo posiblemente tácito en sus dinámicas cotidianas. Por ello, empiezo por anotar otros aspectos que atraviesan la definición de este como un caso de particular interés. Y esto me lleva a pensar y desplegar las entrevistas y la observación participante como técnicas que me permitieron conversar con lo leído y comprender lo vivido.

Llegada 3. De quienes participaron en el estudio y el uso de otras técnicas

Si bien los documentos me permiten dar cuenta de un municipio en el que se entrecruzan varias condiciones sociales, es un territorio afectado por el conflicto armado y la violencia paramilitar (Martínez et al., 2010), con una alta tasa de migración, altas tasas de muerte por suicidio y con datos que reportan las violencias basadas en género, de acuerdo con el *triage* poblacional 2020 para Risaralda (Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE] & Fondo de Población de las Naciones Unidas [UNFPA], 2020). Por otro lado, se trata de un municipio con una importante población rural, el 50% de la población total, y que se encuentra aún en el proceso de la transición económica de la caficultura al turismo (Nates-Cruz & Velásquez, 2009).

Consideraré, a partir de los datos iniciales, que debería trabajar enfocándome en las mujeres, porque, al analizar la información de salud en el municipio, el reporte de la violencia de género apareció como fenómeno de alta incidencia. Además, contrasta con ser uno de los tres municipios en el departamento de Risaralda en el que no se ha reportado violencia psicológica en el año 2020 (DANE & UNFPA, 2020). Luego de conversar con las autoridades sanitarias y realizar entrevistas con la dirección local de salud y las profesionales de psicología que trabajan en el municipio, tanto en el hospital, la comisaría de familia, como en instituciones educativas, ellas me explican que las necesidades del casco urbano son más atendidas y menos complicadas que las de la zona rural. Indican, además, que las barreras en el acceso a los servicios de atención han aumentado a raíz de la pandemia por COVID 19, la migración permanente tras los cultivos y las formas de contratación, las dinámicas de consumo de sustancias psicoactivas como una forma naturalizada y autorizada para trabajar, y las violencias en las familias. Situaciones que particularizan la problemática de la salud mental en la zona rural⁷. Teniendo en cuenta esto, decido que el lugar al que debo desplazarme es el corregimiento de Peralonso y que las personas con quienes debo conversar, efectivamente en el campo (ya hablando de este como lugar), se entenderán como campesinos y campesinas, o habitantes de la zona rural.

⁷ Esto se expone en detalle en el capítulo 5 donde se analizan los hallazgos desde la orilla profesional.

Con ayuda de las psicólogas y siguiendo sus orientaciones sobre cómo realizan sus visitas al corregimiento, decidí acercarme por vía de la escuela, ya que así identificaría líderes y lideresas de la comunidad para enterarme del caserío y de lo que allí ocurría sobre la salud mental y el suicidio. Pensé en la junta de acción comunal, las promotoras de salud, el sacerdote y el corregidor como contactos iniciales. Elegí instrumentos que me permitieran registrar las entrevistas, tomar notas, y registrar todo lo que pudieran contarme.

Luego de las entrevistas en la cabecera municipal y de obtener el teléfono de una profesora que viajaba a diario al corregimiento, realicé una visita inicial en febrero de 2021 y me presenté ante profesoras y profesores de la posprimaria (como se le denomina a la sede de bachillerato rural de grado sexto a octavo) y la primaria de Peralonso, el corregidor, el diácono de la parroquia de Peralonso, como autoridades del lugar, y con la profesora de preescolar. Ellos me escucharon, resolvieron varias de mis inquietudes y procedieron a presentarme con otras personas y a encargarme⁸.

Una vez gané la confianza de los habitantes del caserío, me recomendaron con varias personas para conseguir un lugar en alquiler para pasar las noches. Entre marzo y diciembre de 2021, me radiqué en Peralonso. Dividía la semana para poder estar en mi lugar de trabajo como docente lunes y martes, y viajaba de miércoles a domingo al corregimiento. Inicialmente, renté una casa al lado del colegio posprimaria donde estuve durante cuatro meses. Luego, en la medida en que fui conociendo cada vez más gente y dado que cambió la situación laboral de mis arrendatarios, terminé viviendo acogida en la casa de una pareja que me adoptó, pues le decían a la gente que yo era la mayor de las mujeres de la casa, “la adoptiva”, a modo de chiste y en forma de cuidado. En otras ocasiones pernocté en fincas vecinas donde me invitaron a compartir en reuniones, o solo a hacer visita.

Si bien mis contactos iniciales son quienes me abren puertas, me acogen y me cuidan, quienes participaron de manera determinante en este estudio no fueron elegidos a partir de un criterio exclusivamente mío, sino que fue algo que se fue dando en reciprocidad. A medida que compartíamos espacios y conversaciones, se fue consolidando la relación con líderes, lideresas, personas que vivieron experiencias importantes como víctimas del conflicto armado y que sufrieron como consecuencia de éste y requirieron cuidado; así, ellos y ellas eligieron enseñarme cosas, invitarme a sus casas y conversar sobre lo que inicialmente yo pretendía saber. Poco a poco, me fui dejando educar.

En cuanto al uso de las técnicas, en particular con la observación participante, sucedió que, para mi sorpresa, contemplé diversas situaciones públicas (reuniones, fiestas, rituales) e íntimas (discusiones, chismes, peleas, acuerdos familiares). Aunque había realizado una guía de observación, en realidad, lo que acompañó todo este proceso fue el diario de campo, porque la guía resultaba funcional si mi intención fuera la de constreñir la realidad a su forma.

Los diarios de campo fueron un elemento central en este trabajo. En ellos consignaba lo que iba sucediendo cada día, subrayaba aquellas cosas que llamaban mi atención, planteaba preguntas y

⁸ Decir a otros que me presten atención y cuidado por ser nueva en el lugar, y que no represento un peligro para la comunidad.

cosas que no entendía y debía continuar pensando. Registré, con sus fechas y contextos, las expresiones directas tal y como me las enseñaban y lo novedoso de cada día, aunque las labores hubieran sido jornadas que ya me eran reconocibles. Este fue inicialmente un registro difícil porque no estaba muy familiarizada con él, pero, paulatinamente, como ayuda para la memoria, devinieron como elemento clave para el desarrollo de la escritura.

También tenía una especie de diario alternativo para dar cuenta de las cuestiones emergentes en el proceso, para dialogarlas en mis encuentros con mis asesores, compañeras y compañeros de escritura durante el desarrollo de mi pasantía y, fundamentalmente, como parte de la reflexividad y la vigilancia del rigor (Guber, 2019) en el estudio. Además, todo este proceso fue precedido por la evaluación del comité de ética de la Universidad del Valle, el cual avaló el protocolo de trabajo de investigación, el consentimiento informado previo a las entrevistas y las estrategias propuestas para controlar eventuales riesgos mediante el acta 016-020.

Llegada 4. Humanar es prestar atención, volver a escuchar, darse y comprender

De acuerdo con Alonso (1998), la entrevista es una conversación entre la investigadora y un participante, en la cual se construye una narración conjunta que permite entrar en un lugar comunicativo de la realidad, donde la palabra funge como vehículo de la experiencia. Entre los varios tipos de entrevista, opté por entrevistas abiertas e informales, con una guía no tan estructurada. No obstante, me di cuenta, en el tránsito del ejercicio, de que el desarrollo del trabajo de campo no se acoge fácilmente a los guiones y que, tal como lo presenta Alonso (1998), la entrevista no tiene reglas fijas. Entonces me quedo con su forma natural y abierta de conversación.

Con la siguiente viñeta, más allá de la descripción técnica del uso de las entrevistas, quiero hacer énfasis en lo que ocurre en mí como investigadora a partir de ellas, lo que me permite conocer y ser. Preciso mostrar que la escucha, si bien inicia durante la interacción, continúa cuando se vuelve al relato, cuando se reescribe el acontecimiento, volviendo sobre las notas y se abre con la posibilidad de posicionarse distinto, ya con distancia de las emociones, pero sin desconocerlas u omitirlas. A esto se suma cómo la comprensión implica estar en disposición de darse a humanar con el otro, hacer con el otro (Ingold, 2018).

El otro también quiere conocer o cuando el miedo no deja escuchar

V. vive unos cuantos pasos detrás de la iglesia de Peralonso. Su casa es punto de llegada y de referencia porque alimenta a los jornaleros y a los forasteros como yo. Su casa es de madera y luce ordenada e impecable. Llego al mediodía, hace calor, la calle está sola y se escucha el sonido de fondo del televisor con la telenovela “Mar de amor”.

Mientras está ocupada con las tareas de la cocina, saludo desde la sala y, desde allá, me dice con una voz fuerte, pero amistosa: “*sigá, bien pueda*”. Como ya he conversado con alguien cercano a su círculo, apenas me ve, me indica que sabe que soy una psicóloga. Con esto, que para mí es sorpresa, nos saludamos con respeto y cierta distancia. Es mi primera vez en su casa y estoy observando todo, y ella me observa mientras sigue en lo suyo. La presentación no ha sido fácil; la

sorpresa y mi temor por ser la primera vez que ingreso a una casa hacen de esto una entrada tensa.

La cocina es enorme, como una sala, y tiene una ventana con una vista privilegiada que, cuando se despeja, deja ver Manizales y Santuario. Al lado de la ventana, se encuentra el fogón de leña encendido con varias ollas humeantes que contienen lo que será el almuerzo y el maíz para las arepas del día siguiente. Todo el conjunto se complementa con los perros que entran y salen de la cocina. Entre tanto, ella mueve la leña, sube o baja ollas, se agacha a sacar tarros, lava loza, lanza gritos llamando a sus nietos o a su hermano para hacerles encargos, se limpia el sudor y me habla. Ella está en la cima de su jornada de trabajo, y yo, sentada sobre el baúl grande de madera que está en el frente de la ventana, que es justo del que debo pararme cuando me percató de que estoy estorbando porque es donde ella guarda el mercado y debe sacar cosas de ahí para continuar con su trabajo. Esta sensación de estorbo es justo la de no hacer nada más que estar ahí escuchando, observando, pero sin poder trabajar o contribuir a la tarea.

Fig. 1. Fotografía de la vista desde la ventana de la cocina de V.



Fuente: fotografía de la autora, abril de 2021

V. es una señora joven, robusta y se mueve con vigor. Sin embargo, a medida que vamos conversando, se presenta como si fuese mayor de lo que es. Habla de sí como alguien que ha vivido mucho y cuenta una historia con una carga que, al pronunciarla, le genera descanso. De hecho, mi atención parece que la anima a conversar más, aunque se encuentre tan ocupada. Cuenta de sus largas jornadas de trabajo y de las responsabilidades que tiene a cargo.

Me mira con detenimiento al momento de escucharme, sus ojos se dirigen directo a los míos y no me deja ver señales de aprobación o desaprobación, que busco en medio del temor que me genera lo que pueda ella pensar de mí. Siento que me evalúa y esto me inquieta. Además, lo nota y lo usa para advertirme, por lo que añade declaraciones sobre lo que ha sucedido con el anterior diácono y la directora de escuela, *salieron tallados*⁹ del corregimiento, según explica, gracias a sus

⁹ *Salir tallado* es como salir obligado de un sitio, porque su presencia no es deseada.

denuncias, porque ella dice *lo que le parece y lo que no*.

Con esto, me hace saber que es una figura importante en la comunidad y me advierte que me ande con cuidado, con lo cual no solo me deja saber que me lee en mi temor, sino que no dará su confianza fácilmente. Aquí me permite también caer en cuenta que, sin haber pasado días o sin siquiera haberme instalado en el corregimiento, ya me están indicando reglas de comportamiento. El ejemplo de los que han estado y se han tenido que ir por las denuncias es una forma clara y sutil de contarme las reglas sobre lo que puedo hacer y lo que no, y las consecuencias de un comportamiento inapropiado.

Me pareció muy pronto para saberlo, pero esto me hace pensar en lo relativo del tiempo mínimo para el conocimiento suficiente cuando se está en el campo, pero también interpelar lo que significa el tiempo en el campo y cómo se rige (Guber, 2019; Silva Ríos & Burgos Dávila, 2011) (Guber, 2019; Silva Ríos & Burgos Dávila, 2011). Es decir, el campo no está siendo lo que pensaba, algo que empieza cuando yo pregunto, sino que está siendo lo que es, y parte de ello es este encuentro en el que soy evaluada.

V. persiste en averiguar más sobre mí; sus preguntas son ágiles y se despliegan una tras otra: “¿usted de dónde viene?, ¿quién le paga?, ¿qué es lo que quiere?, ¿es casada?, ¿tiene hijos?”. Ni siquiera puedo relatar claramente cómo salía al paso tratando de ser genuina y no mostrarme intimidada.

Al tiempo que le respondo, ella me va relatando que es oriunda de Antioquia; me habla de su niñez, como una *no niñez*, porque su madre la puso a trabajar *como mula* para llevar la carga de cuatro (de ella, su hermano, su mamá y su abuela) desde los 12 años. Luego, me cuenta cómo emigró cogiendo *café a ver si podía tener algo de felicidad para ella, porque siempre estaba trabajando para la familia*. Se casó muy joven con un primo para ver si podía cambiar de vida, y en un gran salto cronológico, cuenta cómo luego de 30 años de casada y ya 3 años de separada, ahora no sabe lo que siente. No sabe si lo quiso y apenas ahora se da cuenta de lo que sucede. Su voz se quiebra.

Ruedan algunas lágrimas cuando se quiebra su voz y añade que sabe que le duele que este hombre no quiera tener contacto con ella por *chismes y malos comentarios*, pero se seca y vuelve a su postura firme, altiva, fuerte. Es muy poco tiempo y lo único que logro pensar es en lo paradójico que resulta que a su casa lleguemos todos, sus hijos, los jornaleros y los forasteros; igual que antes con su mamá, sigue alimentando a muchos para vivir, sigue ocupándose de trabajar para alimentar a otros.

El punto nodal de esta sensación de ser indagada me permite considerar varias cosas. Por una parte, me permite sentir de qué se trata esto de la implicación subjetiva de quien investiga en este modo. Hay muchas sensaciones en mí; preocupación, temor, desconfianza. Es a partir de esto que puedo conocer. Por otra parte, me llama la atención, desde lo epistemológico, cómo estaba objetualizando a V., por no haberla considerado como sujeto de conocimiento, es decir, como mujer dispuesta a conocer, lo que Guber (2019) denominaría epistemocentrismo, desde el cual juzgo su curiosidad como amenaza, pero también es, ante todo, una manifestación de esas

violencias que una con frecuencia no piensa ni expone y son naturalizadas en la dinámica de la investigación social.

Solo al evocar y pensar sobre esta conversación, puedo apreciar la maestría y naturalidad con la que me deja conocer mientras me conoce. Aquí las reflexiones en torno de la reflexividad y la intersubjetividad vienen por completo al caso, porque alerta de mi forma colonial de acercarme, me devuelve a observar mi comportamiento, advertencia ya indicada por Tuhiwai-Smith (2017), quien, además, inquiere sobre las implicaciones de la investigación para quienes participan en ella, y es de lo que se ha encargado V.

De a poco le pregunto sobre sus jornadas; me las describe con detalle: trabaja *todo el día, desde las 3 de la mañana, por ahí, hasta las 11 de la noche*. La lista de tareas comprende desde la preparación de las comidas (tamales, morcillas, sancochos, frijoles), pasando por empacar y despachar almuerzos a los jornaleros que contratan con ella, el mantenimiento de la casa, la cría de animales, la atención a los nietos, lidiar con los sufrimientos de las hijas, ocuparse del cuidado de su hermano y el de su hijo mayor, ambos con discapacidades distintas. El primero con un diagnóstico de trastorno mental con un manejo psiquiátrico de larga data; el segundo, con discapacidad auditiva -sordera de nacimiento-.

Por un momento, parece caer en cuenta de todas sus responsabilidades, de todo lo que hace. Pero, para no cerrarse solo al trabajo, las tristezas o al cansancio de sus labores, también muestra sus capacidades y logros. Describe cómo fue la lucha para que su hijo se valiera por sí mismo y cómo, en este proceso, ambos aprendieron lengua de señas para vivir unos tiempos no tan malos en la ciudad, donde conoció gente valiosa que le tendió la mano y le facilitó la vida.

Luego de almorzar, por andar pensando en lo que ella me advirtió, me encuentro muy frustrada y agitada, me despido y, aunque siento alivio de haber salido de esa situación, ya estoy preocupada por lo que vendrá. Esta es una de mis primeras conversaciones en el corregimiento y me ha puesto nerviosa. A pesar de haber leído otras experiencias de campo, no me esperaba tantas preguntas dirigidas a mí. Y yo, con intenciones de distancia y queriendo pasar desapercibida, desconozco mis privilegios y, gracias a que la curiosidad de V. me sacude, me enrostra que soy diferente y la ingenuidad de creer que quien iba a indagar era solo yo. Cuando salgo de esta casa, siento que lo he hecho mal, que no estaba preparada para recibir muchas preguntas y me cuestiono cómo puedo querer saber tanto de otros si no estoy dispuesta a dejarles saber de mí, siendo esta mi primera lección de reciprocidad, de respeto.

Sin embargo, toda esta comprensión llegó después, mientras trato de ordenar las notas. En la noche y a solas, con la calma recobrada, vuelvo sobre mis apuntes. Apenas en ese momento valoré distinto la conversación del mediodía; noté que la conversación fue de su parte más generosa que auscultadora. Yo, preocupada por cómo me veía, me había centrado demasiado en las preguntas que ella me hizo y en todo lo que yo estaba experimentando mientras conversábamos. Afortunadamente, en las notas registro lo que ella relata y, apenas cuando dejo de preocuparme por mí, por su apreciación de mí, pude escucharla mejor.

Por eso digo que la conversación no es la que se da en el tiempo del encuentro, pues cuando vuelvo

al apunte y al relato y ya no soy el centro de análisis y observación, es apenas cuando logro percatarme de que ella me ha compartido su sufrimiento. Leo todo diferente. Ya no es la mujer que me evalúa -que en efecto lo hace-, sino que logro leer el relato de alguien que denuncia cómo el trabajo le ha quitado la niñez y, en parte, la felicidad de los días, pero también las formas en que ha intentado cambiar sus opciones de vida.

Esto es importante porque, como ella lo que narra, no se trata de un caso crítico o de una patología nombrada, o de “mostrar”: es un caso de sufrimiento de lo cotidiano, de una vida relatada en sucesos de infelicidad. La separación, la discapacidad, el desempleo, la pobreza. Solo que en esta oportunidad, en el encuentro, se convierte en “caso” que busca en el llanto una escucha, en el trabajo un refugio y en el reclamo una razón para ser leída y reconocida por otros. Aquí, luego de pensarlo, logro entender que debo mantener mi proximidad crítica.

Ella, que cocina con leña, que mantiene su casa impecable, está cansada y reclama no haber tenido infancia, juventud y no ver cómo tener vejez. Ella es joven convertida en vieja, es fuerte, pero se siente agobiada, tiene los perros más amorosos del corregimiento, está al pie de la iglesia y es de amores y odios. Ella me da miedo porque también quiere conocer, y yo debo ser conocida para poder humanar. Escribiendo esto descubro su humanidad; es la primera vez que hago estas notas con juicio y caigo en cuenta de que no había escuchado a V. sin temor, y que, como investigadora, no me había dispuesto a ser conocida.

Ya siento que debo volver donde ella, acercarme y entender.

¿Qué ha pasado aquí? Ha pasado que V. me está haciendo la prueba de ingreso. Tarda lo que la hora del almuerzo, ni siquiera dos horas. Es un encuentro breve pero contundente y me permite pensar aspectos determinantes sobre el tiempo requerido para conocer suficiente. En este caso, el tiempo no es la permanencia física en este lugar, es volver a este acontecimiento; el campo no está cerrado a lo que ocurre en este momento, sino a mi posibilidad de volver. Allí la reflexividad juega un rol central (Guber, 2019). Podría haber sentido miedo de V. durante meses y hablar con otras y otros evitándole, sin escucharla.

Pero ese hecho y volver sobre él, describirme, escucharla y escribirla permiten que pueda contemplar la complejidad de lo ocurrido. Se trata de un asunto ritual, si se quiere, en lo metodológico, pero también es el gesto etnográfico del humanar del que hablan Guzmán Peñuela y Suárez Guava (2021), que le aprendió a Ingold (2018): aquel de reconocernos haciendo con el otro, implicándonos, comprometiendo nuestro ser. Porque estar en el campo es *poner la vida ahí con, hacer la vida con*, y eso fue lo que en el encuentro con V. empezó de algún modo a suceder; fue el permiso para empezar, luego de pensarlo, a comprender o ir comprendiendo.

Llegada 5. Seguimos siendo, conversando los relatos

Una de las cosas de las que me ocupé en este proceso fue tener cuidado de no ser extractivista. De esto habla Restrepo (2016), al indicar que es precisamente una de las cuestiones éticas centrales de las que hay que proteger a quienes participan en un estudio, y se trata de utilizar a las personas para obtener información de la cual luego no saben nada, o a quienes no se les reconoce. Este cuidado implicó no solo trabajar en pro de una investigación, sino trabajar con ellas y ellos. Si

la intención era hacer la vida con y unirme a sus luchas (Vasco, 2007), para hacer y trabajar a ras del suelo (Guzmán Peñuela & Suárez Guava, 2021), lo que me hace en primer lugar aprendiz de algo y, en segundo lugar, ser reconocida para enseñar o dar algo por lo que estoy aprendiendo, en este sentido, procedo entonces a relatar cómo fue el proceso analítico y de escritura, para cerrar comentando sobre nuestras conversaciones acerca de lo escrito.

Aunque en los libros de estudios cualitativos la triangulación suele ser expuesta como una forma de verificar la calidad y el rigor de la indagación (Bans-Akutey & Tiimub, 2021; Noble & Heale, 2019), este proceso no involucra necesariamente a quienes han participado del estudio, porque quien hace las veces de investigador llega y toma la información guiado por su interés en demostrar la veracidad de sus hallazgos. Al ser esto exclusivo del lado de quien investiga, no queda atendida la necesidad de la correspondencia, por lo que, como parte del proceso, me ha parecido apenas apropiado hacer la invitación y, a medida que avanzaba en los escritos, compartía mi trabajo con sus protagonistas, para mostrarles cómo es que he aprendido de lo que me han enseñado y procuraba tomarme el tiempo para que el texto se entendiera. Era importante reiterar la relevancia de lo que me enseñaban. Nos reunimos para leer en voz alta lo escrito sobre ellos y ellas; esperaba que me dijeran si estaban conformes con lo dicho y con el modo de contarlo, que me hicieran preguntas y que siguiéramos la conversación sobre el relato. Así, los diferentes participantes escucharon lo que he escrito, lo han leído y lo han comentado conmigo.

Cuando le leí a V. su relato, tenía la certeza de que resultaría un gesto de confianza hacia ella, pero sucedió algo que yo no esperaba. V. rompió en llanto y me dijo que, a pesar de haber estado con muchos profesionales de medicina, psicología, fonoaudiología y terapeutas ocupacionales por todo el proceso que vivió con su hijo, ella nunca había sido escuchada. Añade que en el relato ella siente que por primera vez alguien la escuchó a ella, y no por ser la mamá o acudiente de un hijo sordo.

Con Darío, otro participante, sucedió que le leí el relato sobre los hombres y, cuando apenas empezaba y le leí el título, me detuvo y me dijo: *“escogió las palabras más lindas para empezar, esas fueron las únicas palabras que a mí me dieron fuerza para soportar”*. Continué con la lectura y comentaba o asentía. Y de nuevo: *“o sea que esto le sirve a usted para enseñarle a otros cómo lo pueden atender a uno”*, y me dice que recientemente estuvo con una psicóloga a la que lo derivaron en su servicio médico, y añade. *“Pero ella ni siquiera le pone cuidado a uno, es como estar uno ahí solo. No me dijo nada y me despachó rapidito”*. Y que, como ahora ya sabe qué hace una psicóloga, entonces ya es distinto, *“de todos modos hay cosas que uno no es capaz todavía de decir”*, advierte.

Esto me hace pensar en las preocupaciones por la distancia y la proximidad en la entrevista que señalé antes, y en que de alguna manera quienes participan en el estudio sean correspondidos. Aunque no tenga ese propósito, la entrevista puede generar algún tipo de efecto terapéutico (Garrels et al., 2022), y eso es lo que V. y Darío me expresaron al decir que luego de la entrevista se sintieron mejor, por el hecho de haber sido escuchados.

También, el detallar cómo ocurrió este proceso, se revela el cambio que ocurre en mí a partir de prestar atención. Aunque dejé de vivir allá en diciembre de 2021, a menudo, casi siempre un

jueves, recibo una llamada de saludo de alguno de ellos o de ellas, me cuentan qué ha pasado, cómo están y las novedades en sucesos y eventos que comprenden desde la muerte de un perro, una pelea o una fiesta a la que me invitan. Es como si todavía fuera con ellos, y creo que así es.

Como conclusiones, y entendiendo el trabajo etnográfico como una disposición a dejarse educar (Ingold, 2017a), puedo afirmar que la constitución de estas relaciones de educación comprometen y se ven comprometidas también por la perspectiva de quien investiga, por los vínculos extra teóricos con ese lugar, con esas vidas, que son reconocibles en su historia, en sus intereses y en sus preguntas, que van dando forma a la singularidad del ejercicio investigativo, transformando la mirada sobre los datos y demandando vitalismo, no sólo en el nivel teórico, sino en la experiencia de la investigación.

Haber experimentado el campo como “escenario” de investigación, ante todo con el propósito de unirse a una maraña de vidas en movimiento constante que preceden y suceden mi presencia como investigadora. En dicha maraña, la reflexión sobre la experiencia propia es fundamental para la adaptación que demanda flexibilidad, humildad ante la frustración y creatividad para continuar con el ejercicio. La elección de las estrategias y técnicas de investigación se fue depurando en el curso del caminar; la participación de los maestros y las maestras fue clave, haberme guiado por sus inquietudes, intereses y las sensaciones que me suscitaba el compartir con ellos la que fue nuestra cotidianidad, no solo dieron forma al humanar, sino que permitieron los movimientos para seguir caminando y conversando con ellas y ellos, lo cual corresponde con el atender a la vida.

DECLARACIÓN DE ASPECTOS ÉTICOS

Esta investigación fue realizada con el aval del comité de ética de la Universidad del Valle mediante el acta 016-020.

CONTRIBUCIONES DEL AUTOR

Lucy Nieto Betancurt: planteamiento de la investigación, realización de la revisión de la literatura, diseño metodológico, investigación y trabajo de campo, escritura del artículo.

DECLARACIÓN SOBRE CONFLICTOS DE INTERÉS

Declaro que esta investigación se realiza de manera rigurosa, cumpliendo con las recomendaciones del comité de ética que evaluó y realizó su seguimiento. No se presentaron conflictos de interés en alguna de sus fases de desarrollo que hayan hecho perder la rigurosidad en la obtención de los resultados.

REFERENCIAS

- Albán Achinte, A. (2009). La música del despecho: ¿el sentimiento de lo popular? *Calle14*, 3(3), 74-85. doi:<https://doi.org/10.14483/21450706.1217>
- Alonso, L. E. (1998). Sujeto y discurso: El lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa. In L. E. Alonso, *La mirada cualitativa en Sociología. Una aproximación interpretativa* (pp. 67-92). Editorial Fundamentos.
- Bans-Akutey, A., & Tiimub, B. M. (2021). Triangulation in Research. *Academia Letters*(Article 3392), 1-6.

- doi:<https://doi.org/10.20935/AL3392>
- Bibeau, G., & Corin, E. (1995). Culturaliser l'épidémiologie psychiatrique. Les systèmes de signes, de sens et d'actions en santé mentale. En F. Trudel, P. Charest, & Y. Breton, *La construction de l'anthropologie québécoise. Mélanges offerts à Marc-Adélar Tremblay* (págs. 105-148). Les Presses de l'Université Laval.
- Bowen, G. A. (2009). Document Analysis as a Qualitative Research Method. *Qualitative Research Journal*, 9(2), 27-40. doi:<https://doi.org/10.3316/QRJ0902027>
- Canguilhem, G. (1971). *Lo normal y lo patológico*. Siglo XXI editores.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE] & Fondo de Población de las Naciones Unidas [UNFPA]. (2020). *Triaje poblacional Risaralda 2020*. Obtenido de Departamento Administrativo Nacional de Estadística: <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/demografia-y-poblacion/triage-poblacional-territorial-de-colombia-2020>
- Ferro, M. (2021). Tres anotaciones sobre la etnografía desde mi experiencia como antropóloga en Colombia. In D. Bocarejo, M. Ferro, & L. Suárez Guava, *La Etnografía: Problemas y soluciones* (pp. 43-75). Gente Nueva Editorial.
- Garrels, V., Skåland, B., & Schmid, E. (2022). Blurring Boundaries: Balancing between Distance and Proximity in Qualitative Research Studies With Vulnerable Participants. *International Journal of Qualitative Methods*, 21, 16094069221095655. doi:<https://doi.org/10.1177/16094069221095655>
- Guber, R. (2019). *La etnografía: Método, campo y reflexividad*. Siglo XXI editores.
- Gupta, A., & Ferguson, J. (1997). Discipline and Practice: «The Field» as Site, Method, and Location in Anthropology. En A. Gupta, & J. Ferguson, *Anthropological Locations: Boundaries and Grounds of a Field Science* (págs. 1-46). University of California Press, Ltda.
- Guzmán Peñuela, L., & Suárez Guava, L. A. (2021). Acompañemos la vida en el trabajo material: Una propuesta de indagación antropológica. *Revista Colombiana de Antropología*, 58(1), 175-205. doi:<https://doi.org/10.22380/2539472X.1992>
- Haraway, D. (1995). Conocimientos situados: La cuestión científica en feminismo y el privilegio de la perspectiva. En D. Haraway, *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza* (págs. 313-346). Ediciones Cátedra.
- Ingold, T. (2017a). *Anthropology and/as education: Anthropology, art, architecture and design*. Routledge.
- Ingold, T. (2017b). ¡Suficiente con la etnografía! *Revista Colombiana de Antropología*, 53(2), 143-159. doi:<https://doi.org/10.22380/2539472X.120>
- Ingold, T. (2018). *La vida de las líneas*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- López-Pacheco, J. A. (2011). Movilización regionalista y nuevos poderes regionales: La fragmentación administrativa del Viejo Caldas y la creación de Risaralda. *Sociedad y Economía*(21), 125-145. doi:<https://doi.org/10.25100/sye.v0i21.4043>
- Martínez, L. A., Ortiz, D., Vilorio, J., Perdomo, J. C., Restrepo, C., & Vásquez, Á. (2010). *Planes de desarrollo: Derechos humanos y exclusión Risaralda 1997- 2007*. Nuevo Milenio.
- Mauss, M., & Giobellina Brumana, F. (2010). *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Katz.
- Nates-Cruz, B., & Velásquez, P. (2009). Territorios en mutación Crisis cafetera, crisis del café. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 6(63), 11-33. Obtenido de <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/DesarrolloRural/article/view/1181>
- Noble, H., & Heale, R. (2019). Triangulation in research, with examples. *Evidence Based Nursing*, 22(3), 67-68. doi:<https://doi.org/10.1136/ebnurs-2019-103145>
- Piñeiro, E., & Diz, C. (2018). El trabajo de campo como abandono: Una reflexión sobre la metodología de la observación participante. *Revista Colombiana de Antropología*, 54(1), 59-88. doi:<https://doi.org/10.22380/2539472X.383>
- Restrepo, E. (2016). *Etnografía alcances, técnicas y éticas*. Envió editores.
- Rodríguez Suárez, A. M. (2020). *Resolver y andar en junta en un mundo que totea. Antropología de la vida campesina en San Bernardo, Cundinamarca*. [Tesis pregrado, Pontificia Universidad Javeriana], Repositorio Institucional Javeriano. Obtenido de <http://hdl.handle.net/10554/52150>
- Silva Ríos, C. E., & Burgos Dávila, C. J. (2011). Tiempo mínimo-conocimiento suficiente. La cuasi-etnografía sociotécnica en psicología social. *Psicoperspectivas*, 10(2), 87-108. doi:<https://doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol10-Issue2-fulltext-146>
- Tuhiwai-Smith, L. (2017). Imperialismo, historia, escritura y teoría. En L. Tuhiwai-Smith, *A descolonizar las metodologías: Investigación y pueblos indígenas* (K. Lehman, Trad., págs. 71-90). Txalaparta.
- Vasco, L. G. (2007). Así es mi método en etnografía. *Tabula Rasa*(6), 19-52. doi:<https://doi.org/10.25058/20112742.285>